

# *Recuerdos de Magdalena Zapater*



Magdalena junto a su padre y su hermana caminando por el Coso de Zaragoza

Nací en el seno de una familia humilde y feliz. Fui la primera de dos chicas. Mis padres se habían conocido en el mismo establecimiento donde trabajaban: mi padre oficial panadero y mi madre dependienta. Después de cierta amistad, se hicieron novios y a los seis meses decidieron casarse. Mi madre había venido a Zaragoza desde Almazán y al morir sus padres, ella tenía 14 años, le quedó a su cargo un hermano, 10 años menor que ella. Como no tenían tierras propias, después de unos años de ir de casa en casa trabajando, una pariente de ellos le buscó trabajo a mi madre y se vinieron aquí; y como al dueño del horno le gustó la forma de ser del chico, era muy formal y callado, no tuvo inconveniente en emplearlo de aprendiz. Así que mis padres se casaron, con un hijo de 14 años. Al año nació yo; mi padre quería niña y estaba entusiasmado; mi madre quería chico y no le caí tan bien, eso me decían.

Cuando yo tenía algo más de dos años nació mi hermana; no le tuve celos. Pero ella, por ser la más pequeña, abusaba de su privilegio siempre. Recuerdo una vez... teníamos unas muñecas con cara de porcelana; como era un poco traviesa, la de ella la rompió y cogió la mía; cuando yo la vi se la quitó. ¡La que lió!: se conoce que estaba empezando la tosferina, se encanó; mi madre se estaba peinando y, con el pelo suelto, que lo llevaba muy largo, echó a correr con mi hermana en brazos hacia la Casa de Socorro, que estaba en el Coso -nosotros vivíamos en la calle de San Jorge, frente al seminario de San Carlos-. En ese

momento venía mi tío del cuartel, estaba haciendo la mili, y al quitarle la chica a mi madre volvió en sí. Nos asustamos todos, pero yo más. No recuerdo si me castigaron, pero nunca más le llevé la contraria. No se me contagió su tosferina, pero sí pasé una bronconeumonía que me tuvo a las puertas de la muerte. Debía de tener entre 4 o 5 años. Entonces me di cuenta de que todos me querían; y vi como mi madre lloraba al verme tan mal, a pesar de que me decían que quería más a mi hermana.

Mi época de enseñanza la empecé en una escuela de párvulos -las llamaban entonces de cagones porque el mayor no llegaba a los 5 años-. Estaba en la calle del Carrillo, detrás de la iglesia de la Magdalena. Ya no existe la casa. Era un caserón de puerta de entrada grande, y de grandes balcones, como casi todas las que había por allí. Vivíamos cerca, en la calle de San Jorge, esquina a Estudios -esa casa todavía existe-.

Iba contenta, hasta que un día de primavera, que me apetecía más ir de paseo, cogí tal berrinche que la maestra me castigó; y algo debió decirle a mi madre porque me quitaron de esa escuela y me llevaron a una del Ayuntamiento, a la de San Agustín, situada en la calle del mismo nombre. En el grado que yo iba, había una maestra muy buena que se llamaba Doña Pilar.

Iba muy a gusto y aprendí deprisa: me hacía ilusión pasar al grado siguiente. Al fin pasé, pero mi ilusión se esfumó cuando conocí a la maestra que dirigía aquel aula. Se llamaba Doña Concha, era el reverso de la moneda respecto a Doña Pilar; ésta amable y bondadosa; aquella seria, autoritaria ... Lo que tenía de pequeña estatura lo tenía de mal carácter. Era más vieja que Doña Pilar. Y es curioso, cuando conocía a alguien con nombre Concha pensaba que no era persona agradable.

Las cosas en la familia habían mejorado debido a una herencia que provenía de una tía de mi madre, hermana de mi abuela, que no tenía hijos. Recuerdo que cuando estaba a punto de morir llamaron a mi madre; fuimos todos menos mi tío, porque estaba de militar, a Almazán. Fuimos en tren, pero hasta el pueblo donde vivían los tíos ¿Fuentegermes? [Fuentegelmes] -nunca he podido encontrarlo en un mapa- había que ir andando. Vinieron a buscarnos con una mula y en las alforjas pusieron la maleta y a mi hermana, pero no sé si la cría pesaba poco o que la maleta pesaba mucho; el caso es que una de las veces que miraron hacia ellos estuvo a punto de dar la vuelta, por lo que mi madre prefirió llevarla en brazos. De vez en cuando se relevaban, hasta que llegamos al pueblo; que no sé cuanto distaba de Almazán, pero se me hizo el camino muy largo.

Era muy pequeño, no tenía ni luz eléctrica, así que cuando encendían el candil a mí me entraba un sueño tremendo. Me dormía muy temprano ya que era invierno. Allí cumplí mis seis años, y una vecina de la familia me regaló dos huevos de gallina, para que mi madre me hiciera una tarta, decía ella. La casa debía de ser muy pequeña, no recuerdo si la vi completa; recuerdo el hogar bajo, la cocina; estar alrededor del fuego y, sobre todo, del candil: ¡qué tristeza, Dios mío! Mi hermana dormía con mi madre en la habitación de la enferma, por no dejarla sola, por su gravedad. Yo no llegué a conocerla, ya que a mi no me dejaban entrar o yo le tenía miedo porque estaba todo el día quejándose; desde fuera la oíamos. Nunca supe tampoco de qué murió, pero no sería muy vieja. Mi padre y yo dormíamos en la casa contigua, que era la del cura, cuando pasábamos a dormir. La señora de la casa -sería la madre- nos esperaba con unas galletas; serían caseras, pero a mí no me gustaban. La cama era muy alta, tanto, que si no había nadie para ayudarme a subir me tenía que poner una silla. Por la mañana, cuando me levantaba, ya mi padre se había ido y la señora me había preparado la leche y una rebanada de pan con miel, tan grande, que yo, poco comedora siempre, no me la podía terminar; pero no me dejaba marchar hasta que me la hubiera terminado. Se hacía tan tarde que luego no quería comer: así que aborrecí la miel untada en el pan. Siempre que alguna vez la he comido, ya mayor, recuerdo a la señora y a la casa del cura y, hasta aquel pueblo.

En los días que estuvimos allí, mi padre, que no tenía nada que hacer, era el que iba al pueblo de al lado, Villasayas, a por la leche -este pueblo si está en el mapa, al menos su puerto-. A mí me llevó un par de veces con él; pero había que ir andando, como una hora de camino. Pasaban los días y mi padre ya no podía faltar más al trabajo, así que se fue.

Al poco parecía que la tía iba mejor y nosotras regresamos también. Pero a los pocos días avisaron de que había muerto.

Como decía antes, con la herencia de mi madre y mi tío pagaron el traspaso de un horno-panadería, donde en esos momentos se encontraba trabajando mi tío. En los primeros días trabajaban sólo los tres; mi padre y mi tío en el horno; mi madre en el despacho. Algunos días ayudaba en la masadería pero era demasiado para ella, porque también nos tenía que atender a nosotras y a la casa. Buscaron un chico para ayudar en el horno y un poco más adelante una chica para la casa; se llamaba Julia, tenía 19 años aproximadamente, era muy callada y nos llevábamos muy bien con ella porque era muy cariñosa con nosotras. Habíamos tenido antes que ella otra chica que se llamaba Rosario,

un poco mayor que Julia, pero era muy triste, después supimos que estaba enferma y nos tuvo que dejar.

Al poco tiempo, como iba bien el negocio y teníamos habitaciones, mi padre se trajo a mi abuelo. Así que ya éramos una familia de siete personas. Mi abuelo era sordo como una tapia. Para entendernos con él tenía que ser por señas o por escrito; él sabía leer y escribir correctamente, cosa algo rara en aquella época, ya que él había nacido en 1870 aproximadamente. Recuerdo que cuando le preguntaba por qué era sordo me decía que le había mordido una rata mientras dormía. Yo le creía, pero pensaba que era una sordera muy rara.

Por entonces, como correspondía a una familia con un negocio, aunque fuera pequeño, pasé a un colegio de pago, particular, como se llamaba entonces. Estaba en el Coso, se llamaba de Nuestra Señora del Pilar y lo dirigía Doña Carmen Navascues; era soltera, un poco mayor de unos 30 años; era no muy alta, pero delgada; vivía con sus padres justo enfrente del colegio, que dicho sea de paso, era un piso normal, sin ninguna reforma. En la habitación mayor, más luminosa y soleada. que tenía dos balcones a la calle - la casa aún existe-, allí era la clase, con sillitas bajas y una mesa para la maestra. Aprendí mucho y deprisa, hasta labores preciosas de punto de cruz y bordado en esterilla: ¡cómo presumía mi madre!

A este colegio empezó a ir mi hermana. Al principio nos acompañaba alguna persona mayor, pero debía de ser problemático disponer de alguien a esas horas -las tres de la tarde- y me dejaron a mí de niñera. Mi madre todos los días me hacía un montón de recomendaciones, como que no soltara a mi hermana de la mano -una vez se me soltó de vuelta a casa y llegó antes que yo no veas la que se armó-, "que no crucéis el Coso" -no había que cruzar ya que íbamos por la plaza de la Magdalena, por la acera de la derecha del Coso-, pero niñas de 8 y 6 años ¡vete tú a saber!. El tráfico de entonces se limitaba a carros de mano y los tirados por caballerías, algún coche a 30 km por hora y bicicletas

Por cierto, no en el Coso, sino en la calle Pallaruelo, que era lo que ahora es el Boterón, al ir a buscar a una vecina, a la cual admiraba como una tonta -era algo mayor que yo, más alta, vivía con su abuela, que no la controlaba tanto -, en fin, que por ir a buscarla y como ya se había ido, echamos a correr. Tropezamos con una bici y, por ser un callejón empedrado, salí con las manos y las rodillas peladas, pero el de la bici os aseguro que salió peor parado. Mi hermana no debió hacerse mucho, ya que el golpe lo recibí yo. Lo malo fue

que, como estábamos en la misma esquina de casa, mi madre lo oyó todo, pero no creía que fuéramos nosotras hasta que nos vio entrar por la puerta, atendió al chico de la bici y luego me pidió explicaciones. No volví a buscar a nadie.

La vida transcurría feliz. En el colegio, por la mañana estudiábamos y por la tarde labores: punto de cruz, bordado en esterilla; éste se me daba muy bien y con la vainica hacía filigranas. Cuando volvíamos a casa por la tarde hacíamos los deberes, no tantos como ahora, y luego a jugar a la calle; entonces no tenía tanto peligro como ahora, ni de tráfico ni de personas. Si hacía mal tiempo me quedaba en casa a leer. Tenía muy buenos libros que mi tío me regalaba; e incluso me enseñaba muchas cosas y si le hacía alguna pregunta, me la explicaba con todo lujo de detalles. A pesar de los años transcurridos le recuerdo con mucho cariño.

Creo que sería el año 1935, cuando una nueva persona vino a incrementar el censo de mi casa. Mis padres, como mi tío, eran socialistas, de los de Pablo Iglesias. Recuerdo que en mi casa había un retrato en color de él, que fue al horno cuando empezó la guerra. No sé hasta qué punto fueron activos: mi madre influida por mi tío, mi padre más bien pasivo. Pero mi tío debió de ser muy activo porque llegaron a darle un cargo importante en las Juventudes Socialistas de aquí, de Zaragoza. Pero si llegó a ocuparlo sería por muy poco tiempo, por la guerra claro. Como decía, creció la familia, debido a un chico asturiano que se trajo mi tío, con el permiso de mis padres.

Cuando la revolución de Asturias, los hijos de los que estaban en la cárcel, por ese motivo, los repartieron por toda España entre familias que lo solicitaban. Este chico había estado con una familia que ya tenían cuatro hijos y, bien porque era mucha carga o que el chico tenía una enfermedad en la piel -tenía los brazos y las orejas llenos de postillas-, el caso es que lo devolvieron a la sociedad con la excusa de los hijos y el contagio.

Cuando llegó mi tío a la sede del partido le expusieron el problema; llamó por teléfono a mis padres (no 13-56) para ver si tenían inconveniente en recogerlo, a lo que mi madre dijo que antes lo quería ver. La verdad es que daba pena de verlo. Llamaron a un practicante, amigo de la familia, y cuando lo hubo reconocido dijo que lo lavaran todos los días dos veces con agua de Carabaña y que no había contagio alguno, por lo que se quedó. En realidad, el agua de Carabaña hizo milagros, pues al poco tiempo estaba limpio y mientras estuvo en casa no se le reprodujo la enfermedad. Era un chico atento, escuchaba y obedecía en todo lo que le mandaban; tan sumiso era que parecía como que les tuviera un poco de

miedo a mis padres, quizás por el mal recuerdo que tenía de la casa anterior; pensaría si le podría pasar igual, que lo dejáramos abandonado. Cuando le preguntábamos al respecto decía que no, que era un gran respeto y cariño unido a su gran agradecimiento. Nos llevábamos muy bien con él, tenía unos tres años más que yo. También iba al colegio, no recuerdo a cual. Cambió físicamente porque engordó bastante; tanto, que cuando lo devolvió mi padre a Gijón, a su casa, casi no lo reconocieron.

Había pasado como un año desde que llegó a nuestra casa, ya se había restablecido el orden en Asturias y su padre había salido de la cárcel, por lo que debía regresar. El partido socialista, como los trajo, los devolvía, con todos los gastos del viaje pagados.

Pero mi padre prefirió llevarlo él y conocer a esa familia, que siempre que escribían les decían que querían conocerlos. Allí se vieron los dos, mi padre y él, mi tío quedaba al frente del horno, mi padre no podía dejar la tienda y nosotras éramos muy pequeñas. Mi padre les había dicho más de una vez a esa familia asturiana que vinieran ellos, que les pagaba el viaje, pero lo estaban pasando mal económicamente y tenían siete hijos más, además del nuestro; que todavía no he dicho su nombre, se llamaba Cesar González. Fue un recibimiento apoteósico al llegar. Cuando mi padre lo contaba a su regreso se emocionaba recordándolo. Lo colmaron de atenciones y regalos para todos, estaban muy contentos y agradecidos, pero la maldita Guerra Civil truncó aquella amistad, como muchas otras cosas. En el año 40 o 41 se recibió una carta de ese chico, Cesar. La mandaba a la panadería, a mis padres, pidiéndoles que lo volvieran a recoger, pues habían fusilado a su padre y a alguno de sus hermanos mayores. No sabía que mis padres habían corrido la misma suerte.

Mi padre era alérgico al agua del mar y a los tres días de estar en Gijón se llenó de granos y se tuvo que venir a casa, esto era el 15 de julio de 1936, por lo que por poco no vuelve. ¿hubiera sido mejor?.

No entendía que pasaba, tenía 9 años, veía a la gente muy nerviosa y cuchicheando a escondidas. Mi madre, que siempre estaba cantando, dejó de hacerlo: decían que en la plaza de España había un cañón, los camiones entonces empezaron a pasear las calles llenos de falangistas y cantando el "Cara al Sol" armados hasta los dientes. De vez en cuando, entraban en una casa y salían con un hombre que casi nunca volvía. Al poco veías a los familiares vestidos de negro, pero nadie se atrevía ni siquiera a darles el pésame, a veces sólo se hacían gestos entre sí y lloraban a escondidas el miedo se había apoderado de todos.

Sería a primeros de agosto, cuando una tarde al volver del colegio las vecinas no nos dejaron entrar en casa con la excusa de que no había nadie. Era verdad a medias, estaban la chacha y mi abuelo, mis padres no. Habían ido los falangistas a detener a mi padre y se los habían llevado.

También habían registrado la casa buscando no se qué -mis padres habían quemado lo que pudiera comprometerlos- y lo habían dejado todo tirado por el suelo. Semejante cuadro no nos lo dejaron ver. A mi madre no la detuvieron; gracias a eso se movió deprisa y cuando llegó mi padre a comisaría ya habían recibido orden de libertad dada por el señor Gobernador de Zaragoza. Mi madre supo llegarle a la fibra sensible y aquella vez se salvaron, pero no bajaron la guardia; sabían que las cosas no quedarían ahí; sabían que el más vulnerable era mi tío y se dedicaron a protegerlo.

Los padres de la chacha que teníamos en casa regentaban una torre en la avenida de Cataluña, cerca del puente del río Gállego. Hablaron con ellos y, aunque con miedo, aceptaron darle cobijo en su casa. Mi padre les dijo que al menor indicio de peligro lo sacarían de allí. No estuvo mucho tiempo. Una pariente que tenían estos señores, de ultraderecha, fue a hacerles una visita, no se sabe si casual, y vio a mi tío subido en un árbol, leyendo, que era una forma de estar escondido. Como lo conocía, por algunas visitas que había hecho a nuestra casa para ver a la chacha, preguntó que qué hacía allí y le dijeron que había estado enfermo y estaba allí para reponerse. Tal vez no se lo creyera, pero los señores de la casa vinieron con gran nerviosismo y hubo que ir a buscar a mi tío.

Lo llevaron a casa de una pariente de ellos que vivía en la calle de Urrea, pero no había pasado una semana cuando lo vinieron a buscar a casa. Ya habían venido otras veces preguntando por él y mi madre decía desconocer su paradero. Aquel día vino a trabajar al horno, decía que no se quería esconder para no comprometer a nadie, que pasara lo que fuera.

Pensó, al salir del trabajo, ir a la barbería, pero se dio cuenta de que no llevaba dinero y lo dejó para el día siguiente. Así que cuando le preguntaron a mi madre por él, amenazándola si mentía, no tuvo inconveniente en darles la dirección; mientras, ella le avisaría en la barbería para que se pusiera a salvo.

Pero también ellos fueron taimados puesto que, para evitar el soplo, nos dejaron un falangista en el despacho, otro en el horno, otro en el teléfono y, como la casa hacía esquina con el callejón Pallaruelo -es el mismo lugar que ahora ocupa el Hogar Boterón-

llevaban unos mosquetones que hacían temblar; aún recuerdo con qué chulería andaban. No se fueron hasta que los llamaron por teléfono y les dijeron que ya lo tenían cogido.

Mis padres tenían la esperanza de que, al tardar en llamar, había sido porque no lo habían encontrado. Empezaron a hacer llamadas a amigos influyentes y les dijeron que harían lo que pudieran. Pero un chico vecino de al lado me llamó aparte y me dijo que él lo había visto, que lo llevaban en un camión entre un montón de falangistas; iban por la ribera -Paseo Eclhegaray- hacia el Arrabal.

Me dijo "no se lo digas a tu madre"; pero ella, al verme, se figuró que algo pasaba y me obligó a que se lo dijera. Casi sin terminar cayó al suelo sin conocimiento. Mi madre desde entonces fue como una autómata, vivía por vivir, pero sin ilusión. No volvimos a ver a mi tío. Ese mismo día, 18 de agosto de 1936, lo fusilaron en el campo de San Gregorio. Con otras noventa y tantas personas, casi todos jóvenes. ¡Tenía 25 años!

Pasaban los días y mi madre, sin consuelo, decía que era como si hubiera perdido un hijo, pues ella casi lo había criado. Nosotras volvimos al colegio. Yo echaba mucho de menos a mi tío porque, además de que lo quería mucho, me ayudaba con los deberes, me daba muchos consejos y me daba mil explicaciones a cuantas preguntas le hacía. Creo que no tenía novia, pero si venía a casa una chica que se llamaba Libertad y era muy guapa. Era de su partido político -PSOE-.

Pero las desgracias no habían hecho más que empezar. El barrio del Boterón fue muy castigado, hubo bastantes vecinos que fueron fusilados; pero los que más recuerdo, por más tratados, son dos: uno, el hijo del carpintero, de unos 23 años -su hermano se libró porque lo llamaron para el frente de guerra-, y el señor Miguel, fontanero-hojalatero, que tenía un taller en los bajos de su casa, calle Gavín, donde igual estañaba el agujero de un puchero que hacía una aceitera o un candil. Su mujer, en un lado del taller, puso un mostrador y vendía leche y churros. Era una buena familia, ella pequeña y delgada, él pequeño y gordo, siempre riendo enseñando sus dientes de oro y su cinturón canana puesto, ya que era cazador.

Una tarde de noviembre, el 22, de 1936, sobre las 6 de la tarde, vinieron a casa unos hombres con uniforme de Acción Ciudadana preguntando por mi padre. Mi madre les dijo que estaba de servicio en la Cruz Roja. Por entonces era hospital de guerra -mi padre había pertenecido desde muy joven a dicha institución y entonces ostentaba el grado de capitán-. Haciéndose los tontos le decían a mi madre que no sabían ir; mi madre se esmeraba en

darles explicaciones de por dónde debían hacerlo; al final le dijeron muy ladinamente: "Acompáñenos usted". Ella se puso blanca y, casi sin voz, preguntó. "¿puedo subir a por un abrigo?". Las habitaciones estaban en el piso de arriba y, además, había una puerta de emergencia que daba a la calle Pallaruelo, citada antes. Más de una vez hemos pensado que ella debió de tener la idea de escapar por allí y avisar a mi padre. "¡NO! que suba la niña –le dijeron-". Yo contesté que no llegaba: era verdad. Entonces mandaron a la chacha, pero acompañada de uno de ellos.

Se fueron llevándose a mi madre. Nerviosa, les pregunte: "¿dónde se llevan a mi mamá?". "No te preocupes pequeña, que pronto volverá" -me dijeron-. No volvió más. En la ribera les esperaba un coche, donde la metieron, y fueron a la Cruz Roja a por mi padre, sin necesidad de que mi madre hiciera de cicerón. Al encontrarse los dos se abrazaron y, con las manos entrelazadas, mi madre se puso a llorar. Nos lo contó días después el compañero de celda de mi padre. Los llevaron a Comisaría. Al día siguiente nos dijeron dónde estaban y que les lleváramos mantas y comida.

Al tercer día y, después de haber suplicado a mis familiares. Mi tía y madrina, prima de mi padre y la muchacha, que era como de la familia -mi abuelo como era tan sordo no valía para nada- me llevaron a verlos. Me advirtieron que no llorara delante de ellos; no lo hice, pero aquella imagen se quedó grabada en mi mente, tanto, que a pesar de los años transcurridos al recordarla la vivo igual.

Mis padres estaban en celdas distintas, mi madre con tres mujeres más. Cuando abrieron la puerta y me vio mi madre entrar me abrazó con tal fuerza que casi me hizo daño. "es mi hija mayor" -les decía llorando a sus compañeras-. Dirigiéndose a mi, me preguntó por mi hermana y me dijo: "cuídala y quírela mucho porque es la pequeña". "¿No vas a venir a casa hoy tampoco?" -pregunté-. "Sí, hija mía. Verás como esta noche cenaremos todos juntos".

No vinieron, ni aquella noche ni nunca. A la hora en que nosotros estaríamos cenando, a ellos se los llevaban para fusilarlos camino de Valdespartera. A mi padre casi no me lo dejaron ver, el tiempo justo de darle una lecherica con café con leche caliente.

Estaba tan pálido y con barba de los tres días que llevaban encerrados, que al verlo me asusté. Debió de emocionarse al verme porque le pedí un beso y apenas me rozó.

Al día siguiente, cuando mi madrina va llevarles el desayuno, ya no estaban.

Los encontraron en el depósito de cadáveres, donde fueron a reconocerlos junto a siete personas más. Mi padre, contaron, estaba normal, pero le habían quitado la guerrera de la Cruz Roja. A mi madre le habían destrozado el cráneo. Por cosas del azar se había cumplido el deseo interno de mi padre, que solía decir que la muerte más rápida era morir de un tiro. Pero para ellos, los tres días que pasaron en Comisaría serían como una agonía. Tenían muchas coincidencias: se llamaban igual -Antonio y Antonia-, nacieron el mismo día -el 17 de enero, fiesta de S. Antonio Abad, S. Antón- y, además de morir juntos, los enterraron al lado el uno del otro.

Mi familia se había deshecho. Cuando volvió mi madrina de llevarles el desayuno, mi hermana y yo aun estábamos en la cama. Al oír llorar a las personas que se encontraban abajo, bajé corriendo: algo en mi interior me dijo que lo bueno de mi vida había pasado. Se me debió poner muy mal color pues me volvieron a meter en la cama. De aquel día sólo recuerdo que todos me abrazaban y besaban y lloraban al mismo tiempo que movían la cabeza. Al día siguiente los enterraron en el cementerio de Torrero. No me dejaron ir, pero recuerdo que era un día muy frío y con mucha niebla. Era el 27 de noviembre de 1936.

El horno siguió funcionando con los que ya llevaban tiempo con nosotros, como Manuel, un chico de 20 años, y su hermano Jesús, de 18, que se desvivían por que todo fuera bien Pero empezaron a aparecer parientes A algunos no los había visto en mi vida. En mi casa, a la hora de comer, no faltaban los huéspedes. La chacha, Julia, no daba abasto a guisar La relevaron del despacho porque sabía poco de cuentas Y ellos, ¿cómo manejaban los números? Entraban por todas partes, lo que les gustaba se lo llevaban, no necesitaban permiso de nadie. El dinero, con la excusa de llevarlo a sellar -orden que dio el Gobierno para que los billetes fueran de curso legal-, se lo llevaron y ya no volvió Teníamos una caja de caudales empotrada donde mis padres guardaban documentos, dinero y algunas joyas Me preguntaron si sabía la combinación. Les dije que la mitad, así que la confundieron y, claro, ya no pudieron abrirla La sacaron de la pared y se la llevaron a casa. Nunca volvió Con los años me enteré de que la habían abierto desoldándola por detrás, pero lo negaron todo

Como mandan las leyes, al quedarnos sin parientes cercanos -a mi abuelo lo dejaron atrás por los años y la sordera- nombraron un Consejo de Familia compuesto de Tutor, Protutor, Presidente, Vicepresidente, dos Vocales y como depositario un abogado. Los dos primeros eran los primos de mi padre que llevaban el tejemaneje de mi casa desde el primer

día y que entre ellos no se podían ni ver; estaban casados desde hacía algunos años, pero no tenían hijos. El resto de personas eran panaderos solventes y amigos de mi padre, así como el abogado que llevaba los asuntos de la patronal de panaderos.

Empezaron por hacer balance de lo que había, pero cuando llevaban tres días lo dejaron porque cada día quedaba menos. Por aquellos días también vinieron a cobrar una letra bancaria de un pedido de harina que había hecho mi padre. Se negaron a pagarla porque, decían, podía ser falsa; así que no tardó el juzgado en cerrarnos la panadería, sellada y precintada con todo lo que había dentro.

A mi abuelo, el Protutor dijo que se lo llevaba -era su sobrino carnal- pero tenían que darle una cama, sábanas, colchón y mantas, que él no tenía; no era verdad, pero se lo llevó y antes de un año lo había llevado a la Casa de Amparo. A mi hermana, por la edad -siete años-, la llevaron a la Inclusa o Maternidad y a mí al Hospicio-Hogar Pignatelli.

Los días que estuve allí los pasé llorando. Además, por aquellos días habían llegado bastantes chicas del Hospicio de Teruel porque lo habían bombardeado, incluso algunas chicas estaban heridas y yo veía cómo las monjas las curaban: por ese motivo había escasez de camas y a mí me dieron cuna para dormir. Me venía pequeña, claro.

Con casi diez años que tenía dormía en un ovillo y una noche al darme la vuelta nos fuimos al suelo la cuna y yo.

Me quejé a la monja y me pusieron con un colchón en el suelo por lo menos dormía más ancha. Pasaba mucho frío -era diciembre- acostumbrada como estaba a dormir con mi hermana, con colchón de lana. Además, antes de meternos, la chacha nos calentaba la cama con un calentador.

Fueron unos 20 días los que tardó en venir a buscarnos el Tutor. Se me hicieron muy largos. De día, en las horas de clase, siempre que podía me asomaba a la ventana a ver si venía mi hermana. La monja estaba muy pendiente de mí y cuando se enteraba de que alguien pasaba a la Inclusa me dejaba ir con ella a verla: mas lloros . . . Por fin salimos.

A mi hermana se la llevo el Protutor a la casa donde estaba mi abuelo; a mí se me llevó el Tutor -el hermano-. Al principio todo bien, notaba el cambio. Eran personas que, como no tenían hijos, les faltaba la calidez en las pocas caricias que recibía. Para todo tenía que pedir permiso y salir a jugar a la calle, poco.

Empecé a ir al colegio, uno del Ayuntamiento que había cerca de casa, con tan mala suerte que al poco tiempo lo requisaron para hospital para los alemanes que habían venido a

nuestra guerra. Así que leía y escribía en casa, hacía labores y empezaron a enseñarme las cosas de casa: primero la vajilla, luego el suelo, después la ropa pequeña.

iba a comprar lo de diario. De la comida, lo fácil: poner puchero para cocido, verdura.. . y los huevos fritos para mi tío, que siempre se me rompían. Me daban tanta bronca que, como a esa hora me mandaban a por el vino, procuraba tardar para que los hiciera mi tía. Era un drama para mí.

Mi tía era joven, no tenía 40 años pero estaba delicada, decía que tenía reuma y se pasaba la vida en la cama y tomando medicinas. A veces, mi tío, que tenía muy mal genio, se enfadaba y le tiraba las medicinas a la basura: y ella a llorar.

A mi hermana la veía una vez a la semana; no vivíamos muy lejos la una de la otra, ella en la calle Portugal y yo en Tenor Gayarre -en las Delicias-. Nos alegrábamos mucho de estar juntas, pero la poca picardía de una niña de once años hacía que contara algo que donde yo estaba no querían decir y terminaron por prohibirnos el vernos.

Nos valíamos de vecinas o amigas y cuando íbamos a comprar nos esperábamos; nos escondíamos en algún patio y nos contábamos nuestras cosas; nos dábamos un montón de besos y a esperar otra ocasión.

Las cosas empeoraban. Siempre he sido un poco sorda, y mi tía me mandaba cosas que yo no le entendía y le sabía malo repetírmelas. Un día se levantó y me dio golpes hecha una furia. Ya me pegaba y me reñía por cualquier cosa, hasta que un día, harta de aguantar, me mando a comprar y no volví. Tenía 11 años. Desde Delicias fui andando hasta casa de mi madrina, que vivía en la calle Heroísmo. Serían las 11 de la mañana y mi tío venía a comer a las 12. Me esperaban con la compra. Al no venir empezaron a buscarme y a preguntar a todos; se figuraron donde estaba y vinieron a por mí. No quería volver con ellos, tenía miedo a las represalias. Mi madrina no podía hacer nada porque al ser soltera no me podía ni mantener, ni acogerme en su casa. Pero les dijo que como se enterara de que me pegaban los denunciaría. No me pusieron la mano encima más, pero fueron a casa del abogado y le dijeron que yo, influenciada por una tía, no llevaba "buenos pasos" me había ido de casa, les había dado un gran susto y había que encerrarme en un colegio de monjas.

Me llevaron al M<sup>a</sup> Inmaculada -en la calle Lapuyade- pagando con el dinero que tenía el abogado. Estuve algo más de un año, el mejor tiempo que pasé desde que faltaban mis padres. Pero mi tío, el Tutor, dijo que volviera a casa y, aunque yo no quería salir, tuve que obedecer. Pero él seguía sacándole el dinero como si estuviera en el colegio todavía. Volví

con el Tutor, pero las cosas seguían mal no me pegaban pero me despreciaban sin tapujos Lavaba, fregaba, compraba...

Como ya tenía 13 años había que buscarme trabajo Empecé en el despacho de una panadería de unos amigos de mis padres. No estuve mucho, porque una parienta de la señora tenía problemas económicos y se la tuvieron que llevar a casa. Mi puesto lo ocupó ella. Yo lo sentí, porque el almuerzo y la merienda estaban seguros.

Entré en otro trabajo, de aprendiz en un taller de pulidos. Ya tenía 14 años, pero lo pasaba mal. No por el taller, yo era muy cumplidora en el trabajo y se me apreciaba, pero desde las Delicias hasta la calle de la Mina -Miguel Servet- iba andando. No me daban los 10 céntimos que valía el tranvía, tampoco se me eximia del trabajo en casa; me levantaba a las seis de la mañana para dejar todo limpio y el primer plato de la comida preparado Me quedé muy delgada.

Un día me encontré con mi hermana y se quedó tan preocupada al verme que buscó ocasión para contárselo a mi madrina. Como mi madrina ya estaba casada, puso las cosas en conocimiento de nuestro abogado. Me mandó llamar y empezaron a arreglar los documentos necesarios para mi cambio. También el señor abogado se sorprendió al verme y enterarse de que ni estaba estudiando ni nada. Me había dejado mi Tutor sin un céntimo. No le pude reclamar nada porque al hacer de padre tiene los mismos derechos. Se lo gasta y amén. Pero, ¿dónde dejan los deberes?

Salí de aquella casa donde tan mal considerada estuve y me fui a casa de mi madrina Tenía 15 años y pesaba 39 kilos. ¿Poco verdad? Pero empezaba una nueva vida.